

EL 12 DE OCTUBRE Y SUS PROYECCIONES HISTÓRICAS*

Por MIGUEL A. MARTIN

Es muy común escuchar entre los miembros de la fraternidad histórica, especialmente en Europa y América, que cuando un historiador se está poniendo viejo y las ideas originales no acuden con tanta frecuencia ni con tal profusión a su mente siempre le queda el recurso salvador de plagiar a sí mismo. Es decir, de citar algunas de sus tesis o teorías históricas que escribió o expuso en sus años más jóvenes, cuando su intelecto era mucho más vigoroso y fructífero y su actividad mucho más exhaustiva. Y en esta forma permanece inmune a las acusaciones de plagio, pues no habrá quien lo denuncie, ya que quien principalmente efectúa tales acusaciones es la víctima del plagio y en este caso víctima y victimario constituyen la misma persona.

* El presente trabajo está basado en un discurso que se pronunció el 12 de Octubre de 1977 en la sesión solemne que el Instituto de Cultura Hispánica celebra anualmente para conmemorar el aniversario del Descubrimiento de América. Al trabajo original se le han agregado algunos párrafos y eliminado otros por considerar que estos últimos tenían sentido en un discurso que se lee, pero no en un ensayo que se publica.

No sé si las dificultades que he tenido para preparar este breve trabajo sobre el descubrimiento de América, hecho por Cristóbal Colón el 12 de octubre de 1492, se deben a que me estoy poniendo viejo, o si, por el contrario, el problema estriba en el hecho de que como tantas autoridades de prestigio ya se han referido al tema y realizado brillantísimos análisis de investigación y exposición sobre el mismo, resulta en extremo difícil, por no decir imposible, enfocar tan magno acontecimiento desde un ángulo original o estudiar una arista que no haya recibido la debida atención de los historiadores. Pero lo cierto es que después de mucho cavilar y leer gran parte de lo que se ha escrito sobre el 12 de octubre y que se encuentra a mi alcance, he tenido que recurrir a la ingrata tarea de reforzar y complementar algunas de las cosas que voy a decir hoy con ideas y aun expresiones de los pocos y humildes trabajos que he hecho sobre este tema.

Empezaré por decir, y esto es algo que se me ha ocurrido recientemente, que considero inútiles, un desgaste innecesario de talento y una imperdonable pérdida de tiempo las innumerables polémicas que para esta época se suscitan irremediablemente a ambos lados del Atlántico sobre quiénes fueron los habitantes del Viejo Mundo que visitaron por primera vez las tierras americanas: Vikingos, egipcios, chinos, indígenas de los Mares del Sur etc. etc. Que se trate de determinar con cierta exactitud la presencia de otros hombres y pueblos venidos de allende los mares en nuestra América, antes de Colón, me ha parecido siempre un digno proyecto de investigación histórica. Pero de allí a utilizar las débiles conclusiones, producto de una balbuciente documentación histórica, para restarle méritos, a la epopeya colombina hay un gran trecho. Y sorprende que historiadores de prestigio participen en estas inútiles e ingratas controversias.

Probablemente otras personas, ya sea de Europa, Asia o África, vinieron al Nuevo Mundo antes que Colón. Y creo que ya nadie que esté versado en la materia dude de que los Vikingos visitaron tierras de la América del Norte alrededor del año mil.

Pero ese descubrimiento, si así podemos llamarlo, no tuvo ninguna proyección histórica, no cambió en forma alguna la fisonomía de la Civilización Occidental ni el rumbo de la Historia. La Europa de las postrimerías del siglo X y los albores del siglo XI no estaba preparada económica, política, militar o culturalmente para aprovechar tan importante hecho histórico. No es de extrañar entonces que el evento pasase inadvertido y no alterase en un ápice el curso de la historia occidental.

Por otro lado, la Europa de las postrimerías del siglo XV y principios del XVI ya había experimentado los beneficiosos cambios que la convierten en un continente pujante, influido por nuevas y positivas ideas y capaz de impartir una nueva cultura a ese mundo primitivo de allende los mares. Entre esos cambios tenemos: un Renacimiento en el campo de las Artes; desarrollo de las estructuras representativas de gobierno con la aparición de las Cortes, Dietas, Estados Generales y Parlamentos; la creación de las grandes universidades, la formación de los Estados Nacionales y la entronización del humanismo en el pensamiento de la época.

En esa Europa, muy diferente a la del siglo X, el descubrimiento de América sí tendría sentido, importancia y proyecciones permanentes. Podemos entonces decir que la gesta colombina fue realizada en el momento preciso, por grupos humanos del área político-económica cultural que más capacitada estaba para aprovechar este importante acontecimiento. Y España, la España que en ese mismo año de 1492 obtenía su unificación política con la desaparición del último Estado Musulmán y su incorporación al reino gobernado por los Reyes Católicos, era el país europeo más apto para emprender la gigantesca empresa que el descubrimiento colombino le abría: la colonización de un vasto y desconocido continente.

Por consiguiente considero que aquellos historiadores y especialistas que emplean ingentes esfuerzos de investigación para demostrar que otros hombres llegaron a nuestras playas antes de Colón y los suyos, y con ello tratan de disminuir la gran obra es-

pañola del descubrimiento y colonización, en realidad lo que hacen en gran parte es malgastar su valioso tiempo en inútiles disquisiciones históricas que a nada positivo conducen. Son historiadores que se dedican a cultivar su pequeño jardín histórico sin darse cuenta de que fuera de sus limitados linderos existe toda una selva histórica, en gran parte todavía por explorar y analizar.

Lo mismo pienso de los que se interesan demasiado en uno de los aspectos de la épica del descubrimiento que, aun cuando considero valioso e interesante, no merece tanta atención ni dedicación. Me refiero a los interminables estudios, análisis e inclusive acaloradas polémicas en relación con la nacionalidad del descubridor. Establecer con exactitud el lugar donde nació Colón puede tener cierto interés histórico, más desgraciadamente, el propósito de la mayoría de estos trabajos de investigación es el de satisfacer vanidades nacionales, regionales o raciales. El lugar donde nació Colón no es tan importante como el hecho de que el descubrimiento se hizo a nombre de Castilla y de que son los pueblos de la Península Ibérica los que van a explorar y colonizar este vasto continente. Además, el nacimiento del personaje histórico que abrió el camino para esta exploración, conquista y colonización está saturado de misterios y lagunas históricas algo muy común a la época. Hay que recordar que nació a mediados del siglo XV y que nadie podía vislumbrar su futura grandeza, así que no era necesario registrar los acontecimientos más sobresalientes de su infancia.

La misma figura histórica de Colón está revestida de muchas interrogantes y misterios, que se han convertido en intrincados problemas para el historiador especializado en la gesta colombina. "Exigir que la vida de Colón sea diáfana desde su infancia, como la de un monarca rodeado de cronistas desde sus tiernos años, es sencillamente inocente" nos dice Antonio Ballesteros. Y más adelante sostiene "Nada en la vida de Colón es incuestionable: la interrogación acompaña siempre los momentos más dramáticos del héroe".

Y estas dudas e interrogantes en torno a ciertos aspectos históricos del Descubridor se concentran y alcanzan su punto más álgido en lo que concierne a su origen. No obstante que el mismo Colón declara, sin ningún género de duda, en la institución de Mayorazgo del 22 de febrero de 1498 que: "siendo yo nacido en Génova les vine a servir aquí en Castilla" hay muchos historiadores de prestigio que no se dan por satisfechos. Fernán Soldevila en su impecable **Historia de España** nos dice que a pesar de que el propio descubridor en declaraciones terminantes señala a Génova como su patria indiscutible "ha habido Colón de Plaisencia, de Cuccaro, de Cogoleto, de Savona y de otras poblaciones italianas; Colón corso; Colón extremeño, Colón gallego, Colón catalán, Colón portugués; ha habido incluso Colón griego, Colón inglés, Colón francés e inclusive Colón suizo". Y eso que Soldevila olvidó que últimamente ha habido también Colón judío.

Si bien es verdad que ubicar el lugar exacto del nacimiento de Colón constituye una atractiva meta de la investigación histórica hay un hecho histórico mil veces más importante. Cristóbal Colón, un extraordinario marino del siglo XV realizó a fines de ese siglo el descubrimiento más maravilloso e importante en la historia del hombre. Analizar la importancia, influencia y proyecciones de tan magno descubrimiento resulta entonces una tarea mucho más noble, mucho más importante y mucho más digna de la erudición e investigación históricas. Y al hablar de descubrimiento hay que incluir la conquista y colonización, pues a diferencia de otros acontecimientos similares, y el descubrimiento de América del Norte es uno de ellos, en la empresa castellana no hay intervalo cronológico entre las tres. Ello es así porque en el caso de España en América, descubrimiento, conquista y colonización se convierten en movimientos simultáneos.

Antes de referirme a los beneficios del descubrimiento, la conquista y la colonización de América por los españoles quiero mencionar también la tendencia que se nota entre algunos escritores e historiadores hispanoamericanos, sobre todo en los últimos años, de denigrar la contribución de España en América.

Soy de opinión de que quienes se dedican a esta negativa tarea creen, erróneamente por cierto, que con ello exaltan la nacionalidad y le rinden culto a lo autóctono. Al hacerlo olvidan que se puede hacer énfasis en el valor de las primeras culturas que habitaron nuestra América sin denigrar a las que vinieron después.

Esta tendencia de algunos de nuestros historiadores americanos de denigrar la contribución en América creyendo que con ello se exalta a los primeros pobladores de nuestro continente refleja un espíritu y una actitud, románticos en exceso, que también se encuentran en historiadores de otras áreas.

En la propia España encontramos algo parecido. A ello se refería el Márques de Lozoya cuando se quejaba, al describir la invasión romana de la Península Ibérica en su interesante *Historia de España*, de que la historiografía española de todos los tiempos se ha solidarizado siempre con los pueblos que habitaban la Península Ibérica antes de la llegada de los civilizados romanos, sin advertir que eran éstos y no los primeros los que llegaban a crear a España y a darle un lugar entre los pueblos de más elevado nivel cultural.

Algo similar podemos señalar en la actitud de algunos de nuestros historiadores de la América Española que siempre exaltan a los indios y critican a los españoles, no obstante que éstos nos civilizaron e incorporaron a la Cultura Occidental. Pero es que resulta más romántico simpatizar con los que consideramos más compenetrados con nuestro suelo, aun cuando para ello tengamos que censurar y atacar a los que vinieron después, a los que están más compenetrados con nuestra cultura y a los que nos legaron el rico lenguaje que empleamos para dichas críticas y ataques.

Como resultado de este malentendido nacionalismo se ha perdido todo el sentido de las proporciones, al tratar de negar los méritos de una contribución cultural que se ve por doquier, haciendo énfasis únicamente en el precio que se pagó por ella y que, a veces, sin duda fue alto en injusticias y vejámenes contra la población indígena.

Mas es imposible ocultar la influencia ejercida desde un prin-

cipio cuando esos hombres acorazados de Castilla, entre los cuales se encontraban misioneros, administradores, soldados y buscadores de fortuna, empezaron a llegar a nuestras playas. Constituyeran una fuerza incontenible, si no desde el punto de vista numérico, sí desde el cultural y técnico. Fueron ellos los que implantaron el principio de unidad y lo impusieron sobre la total disgregación, que significaba, solamente en parte de nuestro Istmo, más de treinta tribus independientes, y en el continente cientos de pequeñas unidades políticas y culturales y una verdadera Babel lingüística.

Así como la lengua de Castilla desplazaba a los lenguajes nativos, la cultura de Castilla, que era parte fundamental de la cada día más pujante Civilización Occidental, imponía sus normas, principios y patrones en Nuestra América. Nuestra cultura de hoy, el sistema de vida, el idioma, las estructuras jurídicas, la manera como pensamos y nos enfrentamos a la vida, la religión y todas nuestras instituciones todavía reflejan las influencias que se empezaron a filtrar en lo que llamamos América Española a partir del 12 de octubre de 1492 en adelante. Y si le rendimos culto a nuestros héroes indígenas, a aquellos que lucharon contra los blancos, al no comprender el significado de la conquista y al reaccionar contra los crímenes cometidos por algunos malos conquistadores, lo podemos hacer porque fueron los cronistas españoles quienes con sus generosos testimonios nos dieron a conocer sus hazañas y sus innumerables actos de valor y heroísmo, así como las injusticias cometidas por sus propios compatriotas.

Pero fueron los grupos llegados del otro lado del Atlántico, de Castilla, y no los aborígenes, los que no solamente desarrollaron nuestra cultura, sino los que desarrollaron nuestras naciones hispanas y las incorporaron a la Civilización Occidental.

Si quisiéramos tener una diáfana idea de cuál fue en sus verdaderas dimensiones y valorizar debidamente la majestuosa obra de España en América, sólo tendríamos que exclamar las palabras que se dijeron a la muerte de Sir Christopher Wren, el brillante arquitecto que restauró a Londres luego de la horrible conflagra-

ción de 1666: "Si monumentum requiris, circumspice". (Si buscas su monumento mira a tu alrededor).

Pues a pesar de sus fallas, la colonización española fue desde un principio y cada día más, a medida que se ampliaba la imagen especial del descubrimiento obtenido, un hecho reflexivo y metodizado, como nos dice Rafael Altamira. Nada ilustra mejor esta aserción que la vastísima legislación que se aprobó, ya desde las primeras instrucciones a Colón, y que llegó a alcanzar la astronómica suma de más de once mil leyes recopiladas en 1680.

Esto no quiere significar que la expansión española en nuestro mundo, como toda obra humana, no tuviese aristas negativas, sobre todo en el aspecto político, que reflejan la forma "sui generis" como se llevó a cabo la unificación española, que culminó en ese mismo transcendental año de 1492, con la derrota de los moros de Granada y la conquista del último bastión musulmán en la Península. Esta unificación política llevada a cabo por Fernando e Isabel adquirió desde un principio fallas inherentes que traerían desgraciadas consecuencias políticas en el futuro, tanto para España como para América. Entre estas fallas tenemos: la implantación de los injustos y retrógrados principios de la nobleza sobre la sociedad española y luego la americana; la desaparición de la clase media mediante una equivocada acta de expulsión de los judíos en 1492 que pretendía mantener la unidad religiosa, lo que ha hecho que Américo Castro nos diga que: "parece como si España fuese una muchacha rebelde y holgazana que se hubiera negado a asistir a la escuela donde enseñaban a ser aplicados y buenos renacentistas"; y, finalmente, por el hecho de que más que una estrecha integración y unificación política, lo que ocurrió al subir a sus respectivos tronos Fernando e Isabel fue una unión de dos coronas. Y a pesar de que el populacho cantaba "Tanto monta monta tanto Isabel como Fernando", en realidad Isabel montaba en Castilla y Fernando en Aragón.

Y como la hazafia del descubrimiento fue una epopeya castellana, sólo los súbditos de Castilla podían venir inicialmente al Nuevo Mundo, mientras que los de Aragón, y los de las regiones

vascongadas, que tan valiosos servicios navales hubieran podido prestar, y los del resto de la Península Ibérica quedaron marginados en sus comienzos de participar en la gigantesca empresa de descubrimiento y colonización. Esto resultó también muy perjudicial para nuestra América.

Jamás he deseado ignorar o soslayar estos aspectos negativos, pero junto a éstos existen los muy positivos que contrarrestan a los primeros. Y es que el descubrimiento y colonización de América es una de las hazañas históricas, yo diría la más importante en toda la historia de Occidente y del Mundo. Y esta es una contribución esencialmente española. Una contribución que no tiene comparación. Ya el distinguido y admirado historiador español Claudio Sánchez Alboroz os ha dicho que la empresa de América basta a compensar todos los créditos que Europa pueda tener contra España y equilibra todas las aportaciones de los otros pueblos a la cultura Occidental. Con el descubrimiento y colonización, nos dice don Claudio, con justificado orgullo español: "amojonamos el mismo solar de Occidente, que tiene hoy el Atlántico como mar interior, y provocamos la mayor sacudida histórica que había jamás conocido el Viejo Mundo, durante milenios mundo Mediterráneo y hasta allí ceñido por las olas del Océano. Ni las revoluciones espirituales del Renacimiento y la Reforma, obras de Italia y de Germania, ni las creaciones científicas de los otros pueblos de allende el Pirineo, superan en fecundos corolarios a la gran empresa hispana. Si no hubiéramos hecho ningún otro servicio al mundo, al romper las barreras que aprisionaban la cultura Occidental y al crear la gran fuerza vital que ha hecho posible el mundo de hoy, ya habríamos ganado un puesto perdurable al sol de la historia".

Y es muy natural el orgullo que siente don Claudio por la hazaña de sus y nuestros antepasados. Porque la incorporación del Continente Americano a la cultura Occidental cambió radicalmente el curso de la historia para beneficio de Europa y de América.

Y la incorporación de este hemisferio al mundo de Occidente

la llevó a cabo España mediante la colonización y absorción de las inferiores culturas indígenas a la muy superior cultura castellana. Pero, en general, los españoles nunca basaron este proceso cultural en una actitud de superioridad racial, ya que ellos carecían de prejuicios raciales. Pues, como sostiene Antonio Domínguez Ortíz, distinguidísimo historiador y miembro de la Real Academia de la Historia, los españoles gracias al fondo humanista y cristiano de su formación, estaban dispuestos a aceptar que el indio era, en principio, un hombre con iguales derechos. “La legislación española está inspirada en estas ideas, muy progresivas para su tiempo. Pero a la vez los españoles estaban convencidos de su superioridad “de facto” sobre los indígenas, de donde dimanaba una actitud paternalista hacia el indio... a quien habían sacado de la idolatría e impuesto su cultura. Pero, a pesar de ello, nunca se llegó al rudo racismo que en España condenaba al ostracismo al descendiente, aun remoto, de judíos, y luego en la América Anglosajona a quien tuviera una gota de sangre negra”.

El descubrimiento de América, cuyo 485 aniversario hoy celebramos, ocurrió en un momento fundamental de la historia europea cuando viejos y nuevos valores, ideas y principios se mezclaban para evolucionar y marchar juntos. Y ello influyó en todo el proceso de colonización española. Y a ello se debieron algunos de los aspectos negativos de esa conquista y que han sido injustificadamente exagerados por los enemigos de España. Ya Morales Padrón en su *Historia del Descubrimiento y Conquista de América* señala que: “El hombre que marchó a Indias era un ser que cabalgaba entre dos épocas, y que obedecía a un doble influjo. No podía prescindir de la herencia medieval del sentido tradicional; pero tampoco del vitalismo del Renacimiento. La Edad Media le proporcionaba un élan caballeresco y una finalidad de cruzada en su empresa; el Renacimiento le impulsaba a efectuar hazañas que prolongasen su memoria más allá del tiempo, a ganar gloria y a conseguir ventajas económicas para cimentar su poder”.

Por todo ello, nunca debemos olvidar que la hazaña cultural española fue grandiosa desde todo punto de vista. Y contra esa

grandiosidad se estrellan todas las críticas de mala fe y los injustos ataques de los detractores de la Madre Patria.

Un gran pensador, escritor y jurista panameño, el Dr. Víctor Florencio Goytía, nos dice muy atinadamente en sus **Anales de Hispanidad** que el 12 de octubre figura en el Santoral laico como día consagrado a la trinidad —laica también— de Isabel, Fernando y Colón.

“El panegírico de estas tres gigantescas figuras inspiradas por Dios para completar la obra de redención del género humano sería a todas luces un ripio injustificable, no quedándonos siquiera el recurso del Olimpo-genial expediente de la imaginación griega —para divinizar a nuestros inmortales héroes, que son levadura de España, guiados por la fe, fortalecidos por la esperanza e inspirados por la universal caridad de incorporar a la civilización las vastedades de América”.

Creo muy apropiado terminar mi disertación con este noble y atinado pensamiento del Dr. Goytía.

—“Lotería”, No. 268, Junio de 1978 —.

TEORIA DEL VUELO

Por JOSE DE JESUS MARTINEZ

Un avión en tierra es como un pájaro torpe y somnoliento. Es necesario accionar violentamente los controles de mando, literalmente patear los pedales, y aún así responde sólo al cabo de un rato. Por eso el piloto tiene que acostumbrarse a hacer las correcciones antes de que el avión se desvíe, tiene que refinar su sensibilidad, desplegarla a lo largo de todo el cuerpo para pre-sentir, adivinar los movimientos que el armatoste va a hacer y corregirlos antes de que sucedan. Esta fineza del piloto, como la llamaría Pascal, pone aún más de manifiesto la torpeza del avión, verdaderamente bestial, infantil y díscola, primitiva e irresponsable.

Cuando se le ha llevado al extremo de la pista y, directamente contra el cielo, se le introduce con la mano el acelerador, suavemente pero con decisión, eróticamente, a fondo y de una vez por todas, dándole la potencia máxima, la máquina entera tiembla, se sacude la modorra y despierta avidísima inmediatamente sin pasar por ningún estado intermedio. Como despiertan los niños. Entonces, conforme acelera, toma posesión de una espiri-

tualidad, una agilidad nerviosa que el piloto puede seguir sólo después de largos ejercicios que le dan la destreza para ello; una destreza tan sutil, tan de pizca, tan de yema de los dedos, que uno nunca puede estar muy seguro de que se la tiene aún, de que no se la ha perdido en los cuatro días de no volar, o de que no se ha trabado por algún trauma insignificante del que no nos dimos ni cuenta.

En medio de un estrépito furioso, el avión sin embargo pierde peso rápidamente, pero sin desmaterializarse, como si la espiritualidad fuese también un atributo de la materia, de la que ahora el avión toma plena posesión. Y también el piloto participa de esta nueva dimensión de la materia: sabe, si es que en algún momento se hiciese cuestión de ello, que toda teoría creacionista sobra; y lo sabe directamente, con las manos. Hasta que llega un momento en que ya no pesa más y basta llamar al avión con una delicadísima presión sobre el timón de profundidad, casi con el pensamiento sólo, para que despegue y entre a su elemento familiar y propio. De allí en adelante todo es distinto. El avión se ha despojado ya de nuestra servidumbre y se convierte en un compañero celoso.

Cuando se ha alcanzado la altura en la que se va a volar, muchas cosas que comenzaron a ser imperceptiblemente al amparo de las ocupaciones dedicadas al ascenso, han sucedido ya. Ahora al piloto no le queda nada por hacer, sólo registrar las novedades de esa nueva dimensión y ese nuevo ser en el que está, y realizar su oficio, mapa y lápiz en mano, de supervisar el mundo. De cuando en cuando se extravía un río, y hay que buscarlo afanosamente, o una montaña se esconde detrás de otra como jugando con el piloto que sin embargo no está nunca en humor para esa clase de juego, como no puede estarlo nunca ningún pastor pobre, y el mundo es la única posesión del piloto.

El ruido del motor ha tomado el sitio y las funciones del silencio y poco a poco se convierte en silencio, en un silencio más claro y próximo que cualquier otro silencio. Espeso cual ninguno y sin embargo diáfano, el menor ruido, el hipó más dis-

mulado del motor, es un grito ensordecedor perfectamente dibujado por el silencio que lo recorta: un boquerón de nada por donde brinca, directamente al cuello del corazón, el miedo. Un segundo, una eternidad después, el silencio vuelve a taponar las grietas del universo resquebrajado y frágil, y que requiere de nuestra parte el mayor tacto y la atención más sostenida. Por eso se ven y se sienten tantas cosas, detalles en los que, allá abajo, ni siquiera pensamos. Y es que el suelo es tan duro y firme que permite (yo diría que incluso auspicia) la vida ruda y torpe y ciega.

La vida ruda. Y torpe. Y ciega. Si por lo menos fuese una actitud consciente, un plan deliberado de confundir a Dios, de despreciar la vida tan miserablemente dada con cuentagotas. Si fuera eso, por lo menos. Soberbia, no irresponsabilidad. Actitud satánica, pose ante las estrellas, no lo que realmente es. Si por lo menos vivir fuera pecado. Pero no, es que a veces ni siquiera es interesante. Y todo por el descuido, por ese suelo duro que permite pisar con torpeza y percibir sólo las llamadas toscas y groseras de las cosas.

En el avión hemos de ser por fuerza justos. Hasta con el detalle más insignificante y la voz más tímida. Todos los movimientos del piloto han de ser llevados a cabo con mucha suavidad, y su cuerpo, por eso, y su alma también, adquieren una ternura natural y perfectamente viril. Es un universo frágil. Nada se empuja. Nada se hala. Son presiones las que uno ejerce, sugerencias de presiones. Como cuando se camina sobre una capa de hielo delgado, sobre un suelo que puede ceder en cualquier instante si se pisa, se vive, se siente o se piensa con torpeza.

Todo el cuerpo es una antena viva, una sensibilidad extendida capaz de percibir los detalles más insignificantes. A veces se cuelean voces confusas por los audífonos que el piloto no alcanza a identificar, pero que llegan con las distorsiones de lo que ha tenido que atravesar campos de fuerza siderales; o, volando de noche, le llega un palpito de más, una gota de sangre ajena que ahora le recorre el cuerpo y que el piloto puede seguir por

todos sus órganos y todos sus túneles interiores; o, todavía con mayor frecuencia, de noche también, ve a lo lejos una lucucita palpitando, una señal urgente, pero de pronto se apaga del todo y hay una pequeña pesadumbre de esperanza que muere. La noche está llena de mensajes y de compañía y de misterio. El piloto no sabe, no se pronuncia. Desde luego, no niega. Justamente, su condición es la de estar abierto, la de ser borde, frontera, la de ser conciencia. No se le escapa nada. No hay polizontes en la conciencia de quien se ocupa en tripular un avión, ninguna experiencia le introduce sensaciones de contrabando. No se le pierde nada. Nadie le roba nada. El piloto piensa de cuerpo entero, con las manos y los pies y la inteligencia, con todos sus órganos ennoblecidos, con todo lo que ha podido salvar de su pasado, del incendio de su vida. Únicamente de él depende el equilibrio inestable del universo en el que está íngrido y uno y solo, y es su oficio y su virtud dedicarle toda la atención. Se juega la vida en ello, porque todo el espacio es su propia subjetividad, su reino interior, más allá del cual o no existe nada o no importa lo que existe. Ningún otro pensamiento cabe. El futuro, por ejemplo, no cabe. Sí el crepitar minúsculo del germen que posteriormente se desarrollará en una acción, pero o la acción. No cabe el tiempo venidero. Tan importante y único es el instante, el instante exacto en el que está, que no puede pensar en lo que con seguridad vendrá después, ni siquiera en el punto de destino del viaje. Ni cabe el pasado tampoco. Sí los restos del naufragio que flotan en el agua del alma y que las olas llevan de cuando en cuando a las orillas del corazón, pero no el pasado mismo. Su sabor solamente. El piloto no espera nada ni se despidе de nada. Sin esperanza ni nostalgia, ni alegría en consecuencia, ni tristeza, perfectamente serio, mortalmente serio, sólo es actual. Un piloto está siempre de perfil, ocupado en el instante. Pero en un instante sin límites.

Ahora la vida no comienza. No termina. No es más que esto, pero tampoco menos: un instante sin premisas ni conclusión. Porque no tiene premisas, es absolutamente gratis, no hay que

pagársela a nadie, ni agradecerla ni justificar nada. Porque no tiene conclusión, no se necesitan objetivos, ni ambiciones ni proyectos. Sin causas: libertad pura. Sin efectos: pura generosidad. El piloto no va a ninguna parte: acaba de llegar. De ninguna parte viene: sale en este instante.

Son las condiciones objetivas para hacerse las grandes preguntas. Uno llega de todas partes, desde los confines más remotos de la infancia, desde ciudades de países lejanos en donde siempre es de noche, de cuartos oscuros en hoteles y de camas con mujeres..., uno llega de todas partes y se reúne, y después de un rato de conversaciones triviales y saludos y preguntas y sorpresas, se hace el silencio, se funde el silencio de uno con el del motor. Todo lo que uno es y ha sido, y hasta uno que otro que será, está presente, sentado frente a uno, rodeándonos y mirándonos directamente a los ojos, sin petulancias morales y sin reproches, pero también sin miedo y disimulo. ¿Quiero a esa mujer? Sí, la quiero. ¿Tiene razón aquél que se compró una casa? No, no tiene razón.

Las cosas han desaparecido físicamente. Sólo sus imágenes quedan, su recuerdo. Pero los recuerdos, las imágenes, pesan tan poco. Un niño puede recordar una montaña sin que tenga que parpadear el ojo con que la mira. Sólo hay ser, piso de ser, conciencia sola, sin que nada la ocupe o distraiga. Porque las nubes pesan poco, porque la tierra se suaviza de lejos, pierde sus aristas. A veces no se sabe bien dónde termina la tierra y comienza el mar, dónde termina el mar y comienza el aire. Y el aire es invisible. No se lo ve. No se lo toca. Como Dios. El piloto cree en el aire, cuenta con él, pero no lo piensa, no lo conoce. No quiere conocerlo. No le hace falta conocerlo.

Sobre la conciencia, sólo las huellas de las cosas que la han caminado. Aquí pisó una mujer. Allí caí. Allí, sobre ese calor que perdura y vibra, dije una mentira. La conciencia es un viejo campo de batalla, ya vacío. Ni yo lo piso. Vuelo sobre ella.

¡Esto es más hermoso cada vez!

Ahora, aquí, a 8000 pies de altura, sería fácil hacer un inventario de lo que realmente soy, de lo que estoy apostando en ese

jueguito sucio de allá abajo cuando me pongo la corbata. Pero no lo hago. Sería peligroso desprenderme de todo lo que no soy y que me ata a la tierra. Podría quedar flotando, no estar ya en condiciones de poder aterrizar, de perder el peso mínimo que se requiere poner sobre la voluntad para que ésta ejerza las presiones necesarias del descenso. Es importante, pues, no perder contacto con la tierra, recordar algo de allá abajo: mis hijos: la calle en la que vivo, la película que quiero ver el próximo domingo. Cualquier cosa, por muy baladí que sea, pero que me mantenga anclado en la vida de la tierra y sus asuntos.

Por otra parte, sin embargo, he tenido siempre la curiosidad de saber si de todo lo que he hecho o me ha quedado algo, si algo queda de mí al quitárseme el empleo, los hijos, el nombre, las costumbres, el cuerpo, el alma, los amores, los intereses en esas cosas del mundo con las que estoy entretelado. Es más que una curiosidad, porque tarde o temprano estas cosas a las que aludo terminarán por desertarme en ocasión de una fiebre, de un dolor, de una caída mortal. Es más que una simple curiosidad el querer saber si voy a perderlo todo en la muerte o si podré sobrevivirla, mejor dicho, si podría sobrevivirla, caso de que eso fuera posible, quiero decir, si he logrado recoger algo que poder llevarme, caso que hubiera donde poder llevarlo. Es mucho más que una simple curiosidad.

Yo creo, verdaderamente, que no me importaría anularme en la muerte. Por el contrario, me sentiría distinguido al ser objeto de una consideración tan seria. Lo que me produce vértigo, es que no haya necesidad de anularme, que me acabe porque nunca fui, que no tenga, yo mismo, yo, ni siquiera la posibilidad de trascender aunque la tal posibilidad la haya para quien tenga qué lanzar a ella. Quiero decir, lo que me produce, no vértigo sino vergüenza, es que me anule pero no porque Dios no exista sino porque no existo yo. Ahora podría romper relaciones con el mundo y saberlo de una vez por todas, pero no me atrevo. No me atrevo ni siquiera intentarlo.

Un día, en el crematorio de la ciudad, vi una silla a medio

quemar. Allí debe estar todavía. Soportó, sobrevivió el fuego que convirtió en humo todo lo que de cuero y adorno tenía. Sólo quedaba la estructura metálica. Ya nadie se iba a sentar en esa silla. Ya no era un sitio de reposo. Ya no servía a nadie. Pero no estaba muerta, estaba allí. Se le había despojado de su función, pero, por lo mismo, de su servidumbre. Por fin era libre, cosa ella misma. ¿Qué le pasaría, qué sobraría, si le quitaran a un ejecutivo de empresa todo aquello para lo cual sirve? Incluso Dios, la noción que tenemos de la divinidad, ¿soportaría la prueba de fuego por la cual ha pasado esa silla?

Sintonizo alguna emisora comercial. Anuncian pastas de dientes, canciones con dedicatorias de una cursilería muy realista, porque de eso está hecha la vida de los hombres, de la que no me atrevo a prescindir. Y da un poco de pena.

Bien. Me incorporo a ella. La pena, la tristeza, se pueden aguantar. Pero, por lo demás, qué sencillo es, qué fácil. Es suficiente un cambio mínimo de posición, acomodarse un poco hacia atrás, enderezar la espalda, y listo, ya estoy de nuevo inmerso en los asuntos de la tierra. Apenas lo suficiente para que no se me confunda con otra cosa.

Lo que menos me gusta de allá es que hay tantas palabras que no importa que se digan, y que en consecuencia sobran, tantos conocimientos que no importa que se tengan. En un avión, en cambio, todo es importante. Por eso es bien poco lo que se dice y bien poco lo que se hace, pero uno se las está jugando en ese bien poco, y eso lo convierte, si no en mucho, por lo menos en todo.

Por ejemplo, adelgazo la mezcla del combustible. Esto se puede hacer hasta cierto punto y nada más que hasta cierto punto. Más allá de ese punto, el motor se apaga, se asfixia repentinamente. Sin pasar por ningún estado intermedio, como se apagan los niños a la hora de dormirse y de morir. Se requiere tacto, consideración, amor, tener el alma en la punta de los dedos, para que el motor no pierda las revoluciones que lleva. Cuando se ha encontrado ese punto exacto, único, insustituible, se inunda la

vida de una gran ola de alegría que, sin embargo, apenas si se la expresa con una tenue sonrisa. Y posiblemente ni eso. Las grandes pasiones no suelen acompañarse de gestos y alaracas. Como el día en que llegó el cable anunciándome la muerte de mi padre. Apenas si tuve un gesto mínimo del que nadie se percibió..

Seis meses después, camino del aeropuerto, tuve la sensación de que había olvidado algo. ¿Mi cuaderno? No, allí estaba. ¿Los anteojos de sol? Allí estaban igualmente, en la guantera del auto. Pero algo faltaba, en alguna parte. Quizás un edificio, o un deber. Hasta que de pronto caí en la cuenta de que quien faltaba en el mundo era mi padre. Sentí entonces una pequeña opresión en el pecho, un pequeño dolor sordo, casi insignificante, pero que ya no me ha abandonado nunca.

Así, pero al revés, he visto bajar la temperatura del aceite desde que le instalé al avión un enfriador de aceite. Y esa alegría, leve pero honda, compensa la muerte de mi padre. Tiene su misma calidad: es serio.

Son pocos y bien modestos los conocimientos que se requieren para pilotear un avión, pero tienen esa calidad única que los sitúa, en dignidad, por encima de cualquier otro conocimiento: con ellos nos estamos jugando la vida, y no de un modo teórico o abstracto, sino que de verdad, ahora, aquí, ya, bañados de aceite, carbonizados, entre un montón de lata y metal ardiendo al rojo vivo.

¿Qué puede valer todo el conocimiento de un teólogo o de un metafísico, que ni paga por sus errores ni cobra por sus aciertos, al lado del conocimiento que el piloto tiene sobre la relación que existe entre la temperatura y la presión del aceite, del que la vida entera depende, de punta a punta? ¿O al lado del saber aliviar la fiebre del motor para que la vida se nos inunde de alegría? Puede que un piloto no sea culto, pero sabio sí que lo es, porque lo poco que sabe es tan valioso como la vida humana, y esos pocos conocimientos que tiene son un tesoro que constantemente revisa, corrige y pule.

Así querría yo saber que Dios existe, o que no existe. Así querría yo saber que dos más dos son cuatro, así querría saberlo todo, para que todo fuese un riesgo y cada conocimiento una recompensa. Sólo quien apuesta gana, y ganar algo de que morir, algo que perder al morir, algo sencillamente para poder morir, debería ser el interés de todos los que no tenemos casi nada.

Hay otra cualidad en la teoría del vuelo, otra característica, que subraya aún más su humanismo y que es también razón para enorgullecernos de ella y sabernos ennoblecidos cuando navegamos por las alturas. Los pioneros de la aviación, entorpecidos por el prejuicio religioso de que Dios hizo el mundo y de que lo hizo de la mejor y más inteligente forma posible, quisieron siempre imitar el vuelo de las aves. Indudablemente, pensaban, que ésa debía ser la mejor forma de volar. ¿No es acaso la forma que diseñó el gran arquitecto, el gran ingeniero de la naturaleza? Se aplicaron, entonces, a construir aparatos con alas que batían el aire, como los pájaros hacen. Pero esa vía de imitación de Dios conducía invariablemente al fracaso. Y no porque esa técnica de volar fuese demasiado difícil, sino porque es una mala técnica. Lo que de extraordinario tiene el descubrimiento de la hélice es que en la naturaleza no hay nada igual. A Dios no se le ocurrió sencillamente. Al menos con los fines que le da la aviación. La técnica del vuelo tuvo que desentenderse de Dios y de su creación para poder despegar al hombre de la tierra. Es una técnica, pues, absolutamente artificial, humana, que rápidamente superó con mucho al estilo natural del vuelo. ¿Qué ave podría competir con un transatlántico de propulsión a chorro? Sería como comparar el elemental y simplísimo canto de un pájaro cantor, todo él naturaleza, con una bien artificial sinfonía de Bethoven, todo él esfuerzo cultivado, ganado palmo a palmo. En este sentido no estaban descaminados los del siglo II después de Cristo cuando afirmaban que Dios era un ser mediocre y que por eso lo es igualmente la naturaleza que había creado. Cada vez que encuentro algo, como la aviación, en la que superamos a Dios, sonrío satánicamente, pero sin malas intenciones. O también, por ejemplo,

como la muerte. Ni Dios nos gana en eso. Allí ni siquiera compete.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Cinco minutos o tres horas, es lo mismo. El tiempo de vuelo, por lo sereno a veces, y a veces por lo terrible, tiene esa propiedad característica de lo infinito: es igual a algunas de sus partes. Consulto el reloj. Si los cálculos han sido hechos correctamente, de un momento a otro debe de aparecer a lo lejos el punto de destino. Y efectivamente, no tarda en aparecer. Comienzan las operaciones del descenso. Como no llevo pasajeros, puedo perder altura rápidamente sin temor de que alguno se queje de dolor de oídos.

Regreso a la tierra. Vengo del cielo, que es otra dimensión de la tierra. No hubo, ni lo habrá nunca, peligro de que la abandonara. Antes de que sucediera eso, preferiría que me reclamara violentamente, como lo hace a veces. Regreso al tiempo, a abrirme por los cuatro costados a sus pirñas inmisericordes pero que con cada picotazo nos colocan una condecoración roja, tanto más distinguida por cuanto que no existe el único ante quien podríamos lucirlas. Vengo de mí, con el sentimiento confiado de que hay dos cosas válidas, duras y amigas, que detendrán mi caída mortal y hacia las cuales puedo desplomarme tranquilamente: la tierra y yo.

—“Lotería”, No. 188, de Julio de 1971 —.

JUSTO AROSEMENA Y EL POSITIVISMO AUTOCTONO HISPANOAMERICANO

Por RICAURTE SOLER

Cuando Alejandro Korn, el conocido filósofo argentino, redactaba en la segunda década del presente siglo la discutida obra *Influencias Filosóficas en la Evolución Nacional*, estaba lejos seguramente de imaginar las proyecciones de sus esquemas clasificatorios en el ulterior desenvolvimiento de la Historia de las Ideas en América. Hay en su obra, sin embargo, un aporte fundamental cuyas virtualidades no han sido aún actualizadas. Nos referimos a su enfoque del pensamiento de Echeverría, Sarmiento y Alberdi, dentro del cuadro de un positivismo que surge difuso, asistemático, pero que presenta la particularidad de reflejar con exactitud los imperativos socio-históricos de la nación argentina a mediados del siglo XIX. Aquel positivismo de la generación romántica, denominado también positivismo autóctono en razón de su desenvolvimiento paralelo pero independiente del comtismo europeo, no es exclusivo de los pensadores argentinos; constituye, por el contrario, un fenómeno americano, continental, no por inobservado menos evidente. Mostrar la generalidad de este fenómeno, sus hondas raíces americanas, es lo

que hoy nos proponemos. Precisamente dentro de este movimiento podemos y debemos comprender el ideario de Justo Arosemena durante su primera época. En tal sentido creemos poder actualizar algunas de las virtualidades de la conocida obra de Alejandro Korn.

Desde el punto de vista de la evolución inmanente de las ideas habría de considerarse el pensamiento hispanoamericano de mediados del XIX como una proyección sui generis de las corrientes ideológicas que, en Europa, desembocaron en el positivismo de Comte, y en el evolucionismo de Spencer. La frenología de Gall, el sensacionismo de Destutt de Tracy, y con más fuerza todavía el romanticismo social francés —Saint-Simon, Leroux— y el historicismo alemán de Savigny, crearon las categorías necesarias para la ulterior sistematización positivista de sus supuestos filosóficos. Pero sería una falsa perspectiva histórica la de enfocar la eclosión del pensamiento positivista —europeo o americano— a través del prisma de sus antecedentes ideológicos más o menos inmediatos. La profunda significación histórica y social del positivismo fué comprendida por el mismo Comte cuando en la lección cuarenta y seis de su **Curso de Filosofía Positiva** insistió sobre la oportunidad del advenimiento del estado de orden positivista frente a la “anarquía metafísica” cuya más alta expresión la constituía el pensamiento anterior e inmediatamente posterior a la Revolución Francesa. El positivismo comtista europeo surgió, pues, como una reacción, históricamente condicionada, contra las fórmulas absolutas de la “metafísica” ilustrada y revolucionaria —para emplear la terminología de Comte—. No otra es la significación del positivismo autóctono hispanoamericano frente al ideario de la revolución independentista.

El pensamiento hispanoamericano de fines del siglo XVIII y principios del XIX se modeló, de acuerdo con sus fuentes ideológicas ilustradas y enciclopedistas, en función de categorías ahistóricas, universalistas y absolutas. Pero no son las solas proyecciones de la Ilustración europea en general, y francesa en particular, las que determinaron tal estilo de conceptualización filosófico-política entre los ideólogos de la revolución hispanoamericana-

na. En primer lugar han de tomarse en consideración las condiciones objetivas, sociales, históricas, que en lo político actuaron en cuanto a la incorporación de Hispanoamérica a las líneas de fuerza históricas del mundo moderno y contemporáneo. En segundo lugar, las exigencias mismas del momento histórico que en lo filosófico determinaron la ruptura con una escolástica petrificada, inadaptable a los imperativos ideológicos de la revolución. Condicionado por este contexto socio-histórico el pensamiento de Miranda, Monteagudo, Nariño y Moreno —si hemos de citar algunos hombres representativos— sentó las bases de un ideario filosófico-político intransigente que giraba en torno a los conceptos de derechos naturales y libertades absolutas y universales. Los Ilustrados europeos, en razón de su circunstancia, fueron ajenos a todo sentido de relatividad histórica, a toda inteligencia de la particularidad local, a toda comprensión del determinismo social.

Otras fueron las condiciones y otro también el pensamiento de los hispanoamericanos de la generación romántica, o si se quiere, de los positivistas autóctonos. Hispanoamérica había vivido una larga experiencia de anarquía, caudillismo y dictadura. Por otra parte, núcleos burgueses de las capitales, puertos y ciudades, comenzaron a jugar un papel cada vez más importante en el desarrollo de las nuevas nacionalidades. Finalmente, una economía agraria, lentamente, cede el lugar a la incipiente industria. En esta coyuntura histórica las fórmulas ilustradas y de la Revolución no son ya operantes. El término “positivo” aflora en los escritos y discursos de los hispanoamericanos. El divorcio entre los ideales de la Revolución Francesa y la realidad americana es demasiado patente; la inteligencia americana pide una explicación a la Historia y a la Sociología, o más concretamente, al relativismo histórico y a la particularidad sociológica. Ese es el caso de José Victorino Lastarria en Chile. La industria es exaltada como fuente de regeneración moral y material. Ese es el caso de Alberdi en Argentina, y de Arosemena en Panamá. El contrato social de Rousseau no es ahora una categoría apta para explicar ni para transformar. Hay que enseñar —Sar-

miento—, hay que poblar — Alberdi—. Los escritores hispanoamericanos no pueden soslayar los problemas reales e inmediatos de su momento histórico. José Antonio Saco, en Cuba, escribe sobre la vagancia y sobre los caminos de hierro; Justo Arosemena, en Panamá, sobre el cultivo del café y del cacao.

Con el pensamiento de la generación romántica argentina el positivismo autóctono alcanza su más alta calificación filosófica. En Echeverría —observa Ingenieros— la “adhesión a la frenología, anticipación ingenua de la psicofisiología, nos muestra al poeta romántico en pleno olvido de sus condescendencias eclécticas y aferrado a su primitivo sensacionismo”. Este empirismo, fundamento gnoseológico de una conceptualización permeable al imperativo histórico del derrocamiento de la dictadura de Rosas, adquiere en el *Facundo* de Sarmiento un contenido sociológico que se refleja en su descubrimiento de la determinación étnica y geográfica de la sociedad argentina. Taine y Ratzel no habían aún formulado en Europa análogas concepciones del determinismo social. No es de extrañar entonces que cuando Sarmiento conociera, en las postrimerías de su vida, el positivismo de Spencer, hubiera afirmado taxativamente: “Con Spencer me entiendo, porque andamos el mismo camino”. La frase revela, quizás tanto como un detenido análisis de la obra de Sarmiento, el espíritu positivo que informa su pensamiento.

Correspondió a Alberdi, no obstante, la formulación inequívoca del sentido y dirección de la filosofía de su generación. La temática del positivismo comtista, elaborada en Francia paralelamente a la aparición de los primeros escritos alberdianos —sin que entre ambos pueda establecerse contacto alguno— se encuentra nítidamente formulada en las obras del escritor argentino. Positivista es su agnosticismo: “Ya pasaron los tiempos de la filosofía en sí como del arte en sí” dice Alberdi. Y agrega: “No hay una fisiología universal, porque no hay una solución universal a las cuestiones que la constituyen en su fondo”. Positivista es su pensamiento sociológico y filosófico-social: “La Filosofía —nos dice— está ligada a todo lo que hay de más positivo, de más real, de más indispensable a la vida; a las artes, a las leyes, a la política,

a la economía, a la industria". Positivista es incluso su esquema —posteriormente ampliado por José Ingenieros— dentro del cual habría de estructurarse en su sentir toda filosofía auténticamente americana: "la filosofía americana —afirma Alberdi— debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en su método, positiva y realista en sus procedimientos, republicana en su espíritu y destinos". Precisamente, en función de esta temática, sobre la base de estas concepciones, la nación argentina ha de erigir, con posterioridad, la estructura demo-liberal de su constitución.

Los planteamientos positivistas-autóctonos de los argentinos de mediados del decimonono no constituyen en modo alguno la expresión de una concepción del mundo que les sea exclusiva. El fenómeno, tal es nuestro punto de vista, posee contornos americanos. Cuando en 1844 José Victorino Lastarria escribe sus *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, la impronta ideológica de Benjamín Constant, Carlos Comte y Jeremías Bentham —precisamente los autores que más influyeron en Arosemena— había marcado su huella en el pensamiento del escritor chileno. Tal se desprende, en efecto, del contenido de sus obras aparecidas inmediatamente después: *Los Elementos de derecho público constitucional* (1846) y *la Teoría del derecho penal* (1847). Este último trabajo —lo reconoce el mismo Lastarria— no es más que un extracto de las obras de Bentham. Pero es en la obra histórica arriba citada, donde podemos redescubrir los motivos positivistas que ya hemos señalado en la generación romántica argentina.

Lastarria se enfrenta decididamente a los criterios teológicos e idealistas de los filósofos de la historia europeos de fines del siglo XVIII y principios del XIX. "Nosotros —afirma— no tenemos un sistema subjetivo, metafísico o teológico, como Hegel, Vico, Herder o Michelet, sino un criterio experimental, fundado en la naturaleza humana, en sus leyes de libertad y perfectibilidad". Precisamente por su oposición a estos criterios idealistas y teológicos Lastarria se ve obligado a estructurar una concepción de la historia de contornos claramente positivistas. Coin-

cide con el comtismo su intelectualismo histórico, su fundamentación experimental y fáctica de la Filosofía de la Historia. Más todavía, el enjuiciamiento y caracterización del sistema colonial español recuerda los planteamientos de Augusto Comte relativos al estado teológico de la evolución histórica; coinciden por último en cuanto a la idea del progreso, eje de la Sociología y de la Religión de la Humanidad comtista.

Las concepciones históricas que Lastarria formuló en 1844 encontraron un franco repudio en el espíritu conservador de Andrés Bello, árbitro en aquel entonces de la inteligencia chilena. Es por ello que, así como Sarmiento observó con satisfacción que con Spencer andaba el mismo camino, Lastarria, con legítimo orgullo, señala posteriormente, en párrafos de emotividad incontenible, las coincidencias existentes entre su obra y la de Augusto Comte. “El fracaso de 1844 —dice Lastarria— lo confesamos, nos sobrecogió. No conocíamos en efecto escritor alguno que hubiera pensado como nosotros; y aunque en esos mismos momentos Augusto Comte terminaba la publicación de su *Cours de Philosophie Positive*, no teníamos ni la más remota noticia del nombre del ilustre filósofo; ni de su libro, ni de su sistema sobre la historia, que era el nuestro; ni creemos que en Chile hubiera quien la tuviese”. Todavía se pregunta Lastarria: “No habíamos partido nosotros, precisamente en los mismos momentos en que Augusto Comte hacía su curso, cuando apenas comenzaba la prensa a publicar su obra inmortal, que no ha llegado a Chile sino largos años después, no habíamos partido de idénticas concepciones para fundar la Filosofía de la Historia?”

Los motivos del positivismo autóctono que hemos señalado en Argentina y Chile no dejan de plasmarse también en el pensamiento de otros países hispanoamericanos. En Cuba, en particular, una vigorosa tradición empirista desembocó, a mediados del siglo XIX, en el realismo social —comparable al de la generación argentina de 1837— de José Antonio Saco y en el sensacionismo gnoseológico de José de la Luz y Caballero. En Colombia por otra parte, lo señala el mismo Lastarria, José María Samper, en su *Ensayo Sobre las Revoluciones Políticas* había tomado una di-

rección análoga a la suya. En México, el pensamiento de José María Luis Mora, en tanto que prepara el posterior comtismo de Eugenio Barreda, puede ser incluido, según Leopoldo Zea, dentro del cuadro de los positivistas mexicanos: “podremos hablar -afirma Zea— de un positivismo mexicano, en el cual entraría Mora, si lo juzgamos por su contenido o sentido y no simplemente por su forma”. Pero es en Cuba y Panamá —entre los últimos países citados— donde la tónica positivista autóctona adquirió contornos más definidos.

Más que en función del agnosticismo metafísico, el positivismo autóctono se orientó decididamente en la dirección de un historicismo relativista y de una sociología realista. Hasta donde se pueda hablar de un positivismo autóctono, este hay que interpretarlo como un intento original de fundamentación positiva de las ciencias morales, históricas y políticas. La particularidad de que Cuba y Panamá no hubieran alcanzado su independencia política determinó en la inteligencia de ambos países un pensamiento centrado en la observación realista de los fenómenos históricos y sociales; fruto de esta observación fue la idea de que un determinismo histórico-social evolutivo traería como consecuencia la independencia política. Nada esperaban Saco y Arosemena de la revolución, sino de la evolución; de ahí que ambos no fueran separatistas, sino autonomistas. Fruto de esta observación fue también la fundamentación positiva de las ciencias sociales. Precisamente, son características del pensamiento de José de la Luz y Caballero, según Medardo Vitier, “la aseveración de que un mismo método (inductivo) guía en la organización de todas las ciencias; la distinción que ya hacía Luz, a su modo, de ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. . . la unidad esencial que hay en la economía interna del conocimiento; una constante cautela que evite la entrada de lo a priori, y en fin, una forma de Positivismo que encuentra a Dios en todas partes”. Paralelamente, si hemos de señalar las características del pensamiento de Arosemena, habríamos de destacar la exaltación del método inductivo, el repudio de todo apriorismo, la reducción de las ciencias del espíritu a las ciencias natu-

rales, y en fin, la fundamentación positivista de las ciencias morales y políticas.

En 1840 apareció, publicada en Nueva York, la obra de Don Justo **Apuntamientos para la Introducción a las Ciencias Morales y Políticas**. Influído por Bentham, Constant, Carlos Comte— y en modo alguno por Augusto Comte— Arosemena, igual que los pensadores hispanoamericanos arriba citados, desemboca en una concepción positivista de las ciencias del espíritu. Reaccionando contra las fórmulas ilustradas, y específicamente contra el contractualismo de Rousseau, Arosemena intenta establecer las bases positivas de la ciencia social, en los momentos mismos en que Augusto Comte, en Francia, sentaba los cimientos de la Sociología como disciplina científica. Este hecho es ya bastante significativo: “Tenemos indicado en varios lugares de este opúsculo —dice Arosemena— que todos los hechos correspondientes a las ciencias morales y políticas consisten por lo general en acciones, y que afectando éstas al hombre esencialmente en su estado de sociedad, pueden considerarse como componiendo una gran ciencia que podría denominarse la **ciencia social**”. Pero la ciencia social de Arosemena no busca sus principios en entidad metafísica alguna; se trata de una ciencia factológica —para emplear su terminología—, atendida a la descripción de los hechos sociales y de su génesis positiva. En este sentido —y pesamos la responsabilidad de nuestras palabras— podemos afirmar que Arosemena fue más allá de Comte y de Spencer, a quienes no pudo conocer en 1840, aproximando remotamente sus concepciones a las del neopositivismo sociológico de Durkheim. En efecto, la ciencia social que Arosemena pretende fundamentar no se basa en lo físico, como en Comte, ni en lo biológico, como en Spencer: la ciencia social de Arosemena es radicalmente la ciencia de los hechos sociales, tal como en Durkheim. Por ello precisamente Arosemena rechazó para su ciencia social el principio de utilidad que tan ardientemente defendió en sus concepciones psicológicas: “Las ciencias —dice Arosemena—, no son sino descripciones de lo que es o pasa, según lo tenemos repetido, y es por tanto, la más vana idea intentar que ella descansa sobre ninguna cosa, llámese

principio, sistema o como quiera. Por esta razón, ni aun aquel principio, que no es por otra parte sino la emisión de un juicio exacto y que ha sido proclamado con exclusión de todo otro por algunos hombres sabios, como Behtam y Dumont, ni aún ese, digo, puede ser lo que se quiere que sea: base de las ciencias morales y políticas. Hablo del principio de utilidad”.

Las consideraciones que preceden nos permiten ya establecer una serie de coordenadas entre Arosemena y los pensadores hispanoamericanos de mediados del siglo XIX. Arosemena, en efecto, enuncia su doctrina filosófica y sociológica en el mismo período en que los positivistas autóctonos hispanoamericanos formulan sus teorías históricas y sociales. Influidó por los mismos autores que tan grande difusión alcanzaron en los países hispanoamericanos durante el primer tercio del siglo XIX —Bentham, Benjamín Constant, Carlos Comte— adhirió posteriormente, una vez realizada gran parte de su obra, al positivismo spenceriano, que no llegó a conocer sino muy tarde. Otro tanto habíamos observado en Sarmiento, en relación con Spencer, y en Lastarria, en relación con Comte. Desde el punto de vista de forma y contenido, los *Apuntamientos para la introducción a las ciencias morales y políticas* coinciden con los planteamientos generales de ese positivismo sui generis de los hispanoamericanos de mediados del XIX. Arosemena, como Alberdi, sienta los fundamentos de un realismo social impermeable a la penetración de categorías metafísicas; como Lastarria, modela sus interpretaciones históricas en evidente oposición al idealismo y al providencialismo; como José Antonio Saco, erige una concepción sobre la nacionalidad atendida a la observación de las particularidades socio-históricas; como José de la Luz y Caballero, estructura una gnoseología sobre la base de un empirismo radical. Es evidente, pues, que el pensamiento de Arosemena surge condicionado por las mismas líneas de fuerza históricas que determinaron la aparición del positivismo autóctono hispanoamericano.

La historiografía del pensamiento hispanoamericano, con la excepción de Alejandro Korn en el caso particular de las ideas argentinas, ha soslayado hasta el presente el estudio de las ideas

americanas de mediados del décimonono en función de las categorías históricas que impondría el reconocimiento de la peculiaridad de su contexto socio-histórico por una parte y de la particularidad de sus modalidades conceptuales por la otra. Creemos, sin embargo, haber señalado que el positivismo autóctono no es exclusivo del pensamiento argentino, sino que por el contrario, la circunstancia de descubrirlo también en Chile, Cuba y Panamá, nos permite postular, legítimamente, la generalidad americana del fenómeno. Una investigación que arranque la Historia de las ideas en América a los diletantes y a los vulgarizadores dará resultados de indudable e insospechada fecundidad científica. Mientras tanto, las observaciones que anteceden nos permiten —eso esperamos al menos— concretar las siguientes conclusiones:

I—Como reacción contra las fórmulas ilustradas de la independencia, y en razón de una experiencia histórica dramática, surge en Hispanoamérica, a mediados del siglo XIX, un pensamiento de contenido claramente positivista, paralelo a la eclosión del comtismo en Francia, pero históricamente independiente de sus categorías filosóficas.

II—El positivismo autóctono hispanoamericano refleja en su conceptualización filosófica los imperativos del contexto histórico que lo condiciona. Su originalidad, por tanto, no ha de encontrarse en el hecho, en si mismo poco significativo, de haber adelantado algunas de las concepciones del positivismo europeo, sino más bien en la circunstancia de constituir una expresión, notablemente diferenciada, de la concreta estructura socioeconómica y política de Hispanoamérica a mediados del XIX.

III—Justo Arosemena confirma en nuestro medio intelectual la generalidad americana del fenómeno positivista-autóctono. Su pensamiento se desarrolla a través de un doble paralelismo; frente al comtismo francés, por una parte, y frente al positivismo autóctono hispanoamericano, por la otra. El paralelismo con Francia evidencia la rápida incorporación del Istmo a la modernidad, una vez destruida la estructura política colonial. El

paralelismo con las otras manifestaciones hispanoamericanas del positivismo autóctono pone de relieve la identidad de fuerzas históricas que lo determinaron en el caso general de América y en el caso particular del Istmo.

En nuestro medio, la habitual exaltación de la personalidad de Justo Arosemena ha impedido la cabal comprensión de su pensamiento. Las coordenadas históricas e ideológicas con que intentamos hoy aproximarnos a Don Justo serán quizás objeto de ulteriores revisiones, pero su fecundidad científica estará plenamente lograda si tales revisiones dieran lugar a nuevas e inéditas perspectivas históricas. Con tal objeto las proponemos a la consideración de Uds.

—“Lotería No. 34, de septiembre de 1958 —.

